



CAPÍTULO II.

EL TESORO VIRGEN Y LA CAJA VACÍA.

CUANDO se acabó el concierto, Chona se retiró á su cuarto. Tuvo muy pocas órdenes que dar á su criada de confianza porque deseaba estar sola; más todavía, deseaba estar á oscuras y no oír ruido.

El silencio que sucede á la música, si este silencio es absoluto, es un gran silencio.

Las imágenes que evocó la música se reproducen: no parece sino que las últimas

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTENEGRO

notas entregaron á la fantasía la urna cerrada de los recuerdos.

Chona vagaba en esos espacios de creaciones vaporosas, en ese mundo de los sueños; mundo al que apenas los poetas han logrado robarle algunas imágenes que han dejado copiarse.

Había más de éxtasis que de sueño en aquel estado particular en que Chona se encontraba después del concierto.

Quién sabe cuántas horas duraría aquel bienestar, pues es imposible adivinar el momento en que la última rueda de aquella máquina cesó de moverse; porque Chona esa noche no se durmió, sino se perdió en el sueño.

La luz de la mañana ahuyentó las sombras, y con las sombras huyeron las visiones de la noche.

Algo parecido á una contrariedad experimentó Chona al ver la luz.

De entre las blancas ropas salió el brazo de Chona cubierto con una manga con puño de encajes; la mano de Chona, pálida y

tibia, buscó algo en la pared, hasta que tocó con la yema del dedo índice el botón de marfil de una campanilla eléctrica.

Algunos segundos después sintió que abrían la vidriera.

Era su camarera.

Chona, sin abrir los ojos, balbució apenas esta palabra:

—Cierra.

La camarera, sin hacer ruido, acabó de cerrar la puerta del balcón y dejó caer la cortina.

La pieza quedó sumergida en las tinieblas.

La mano de Chona había vuelto á entrar, como un armíño que á la puerta de su madriguera hubiera notado que hacía mal tiempo.

Realmente la mano derecha de Chona experimentaba ya el bienestar que se disfruta al recobrar la temperatura después de un enfriamiento.

Chona quería robarle á aquella mañana fría una hora, para agregarla á la noche anterior.

Chona estaba acostumbrada á salirse en todo con la suya.

Se volvió á dormir.

Dos horas después, el angel del sueño se cansó de darla gusto: Chona abrió los ojos y abrió su pensamiento.

Entró Salvador.

—¿El? pensó Chona y se sorprendió de la eficacia de su visita imaginaria: ¿él? ¿él lo primero en que yo pienso?..... y después de una larga pausa agregó: ¡Qué bien se viste Salvador! ¡Ninguno lleva el frac como él! ¡qué elegante es!.....

—Hoy vamos á platicar mucho... ¿vendrá? Naturalmente; hoy con más motivo, ha de tener deseos de que hablemos de ese señor Sánchez para reirnos de él; ¡pobre señor! me pareció un poco alegre al retirarse.

Volvió á tocar Chona el botón de marfil y volvió á aparecer la camarera.

—¿Abro? dijo ésta.

—Sí.

Apenas penetró la luz, Chona dirigió su primer mirada á su reloj de mesa: eran las

diez. Se apresuró á incorporarse, haciéndose una reconvencción para reprocharse su pereza; pensó en que no debía haber dormido tanto.

—¿Pasó usted mala noche? preguntó la camarera con ese acento peculiar del que sirve, ese acento que suple á las salvedades de «usted dispense;» «si no le soy á usted molesto,» etc.

—Sí..... contestó Chona mintiendo.

¿Por qué mentía? Chona era libre para dormir ó velar sin coacción de ninguna especie, y no sabemos por qué creyó necesario justificarse por haber dormido dos horas más.

Chona, con ayuda de la camarera, salió de la cama envuelta en un largo peinador blanco; había metido los piés en unas chinelas de terciopelo acojinadas y con una orla de piel de nutria.

La camarera templó y perfumó el agua, ofreció á su ama elixir dentrífico en un precioso vasito de cristal de roca grabado á buril y con las armas del último imperio;

aquel vasito perteneció á la emperatriz Carlota.

Chona estuvo sola después más de media hora, hasta que la camarera entró con la ropa.

—¿Qué vestido me traes? ¡Ah! ese es un vestido muy triste; no lo puedo ver!

—Traeré otros, dijo la criada, y á poco rato volvió con seis vestidos.

—Ese morado tampoco.

—¿Quiere V. el que trajo ayer la modista?

—Sí.

Era un vestido de gró color de almendra, lleno de flecos y escarolas de un trabajo esquisito.

—¡Ah! dijo Chona examinándolo, tenía razón madama Clara; está enteramente igual al que vino de París.

—Pudiera estar mejor, se atrevió á decir la criada.

Este vestido color de almendra, tenía esos márgenes misteriosos, que son el resultado de un refinamiento no bastante comprendido por todos.

Las mangas no dejaban salir los brazos sino haciéndolos perder sus perfiles en una especie de nube de encajes; así como no dejaba adivinar el pecho sino al través de una vaporosa confusión de adornos exquisitos.

Este vestido, según la expresión de la misma madama Clara, *vestía solo*.

Efectivamente, cualquiera cosa que se hubiera metido dentro de aquel traje, hubiera podido pasar por una mujer.

Chona agregó al vestido un simple aderezo de oro.

—¿Han traído flores?

—Temprano trajo el jardinero de San Angel, cuatro *buqués*.

—¿A ver?

La camarista trajo uno que ya estaba colocado en un jarrón de forma etrusca.

Chona eligió el más grande, el más aterciopelado de los *pensamientos*, y lo colocó entre los rizos de su peinado.

En el cuarto de Chona había una atmósfera pesada, pero impregnada de esencias;

la camarista no entregaba á Chona ninguna pieza de ropa interior, sin haberla perfumado antes con el *pulverizador*.

Salió de allí Chona como una de esas rosas acabadas de abrir, y á las que se cuida de quitarles las espinas y algunas hojas verdes.

Chona estaba irreprochable; y cuando hemos dicho que su edad era uno de sus más íntimos secretos hemos acertado, pues nadie, á juzgar por las apariencias, lo hubiera adivinado; era una de esas organizaciones vigorosas encomendadas á una propietaria que profesaba la higiene por intuición, y que la practicaba escrupulosamente, de la manera más solícita y cariñosa que pueda imaginarse.

A las doce llegó Salvador.

Se dieron la mano y se miraron, y hasta después de una larga pausa, fué cuando Salvador dijo:

—¡Qué bien le sienta á usted la música!

—¿Por qué?

—Porque la música tiene algo, solo para usted.

—Para todos.

—Es inútil la modestia, y sobre todo el disimulo; ha amanecido usted hoy dándole las gracias á Euterpe.

—¡Viene usted terrible!

—Me voy á hacer espiritista.

—¡Ave María Purísima!

—He resuelto volverme loco y ese me parece el camino más corto.

—Hablemos con formalidad: ¿qué le pareció á usted el concierto?.

—¿La verdad?

—Sí, desnuda.

—Le estoy encontrando algo nuevo á todo.

—¿También á la música?

—¡Precisamente! y usted tiene la culpa.

—¿Yo? preguntó Chona con una mirada que borraba las interrogaciones del *yo*.

—Usted lo sabe mejor que yo.

—¿Me tiene usted por vanidosa, por fátua?

—No, Chona, la tengo á usted por una mujer de mucho talento.

—¿Ese es su primer síntoma de espiritista?

—Hemos quedado en que hemos de hablar formalmente.

—Convenido.

—Pues entonces comienzo. ¿No ha sentido usted alguna vez el deseo de comunicar á... alguno, á un buen amigo, sus impresiones íntimas? ¿No es verdad que hay veces que se siente uno capaz de describir, de narrar, hasta de pintar ciertas situaciones?

—Sí, es cierto.

—Pues bien, entonces es cuando está uno solo, sin nadie que lo escuche, sin nadie á quien regalarle un ramillete de pensamientos que vuelve uno á guardarse con tristeza: ¿es cierto?

—Sí, Salvador.

—¿Cambiamos ramilletes?

—Sale usted perdiendo; el mío es un ramo marchito.

—¿Marchito? el pensamiento que tiene usted en el peinado no es más puro que los que están adentro.

—Sí, es cierto, Salvador, no es más puro; pero mis pensamientos son tan tristes!.....

—¿Y qué, los míos serán alegres?

—Puede.

Tanto á Salvador como á Chona les pareció que habían llegado al término de un camino y retrocedieron.

—¿Por qué se calló usted, Chona?

—Me volví.

—Ya estábamos cerca.

—¿Verdad?

—Pues yo quiero llegar hasta el fin.

—¿Para qué?

—Para dejar para siempre el mundo en que he vivido hasta ahora; porque allá á donde íbamos llegando hay otra vida, otro modo de ser; y ó conquisto esa vida, ó tiro ésta que tengo y que para nada me sirve.

—¡Salvador! ¿qué es eso? ¿Se vuelve usted impío?

—Impío no; cuando más llegaría á ser incrédulo.

—¿Son los espíritus los que hacen eso?

—En medio de un mundo de materia no hay más que un espíritu: el de usted.

—Ahora me toca á mí ser incrédula.

—No tiene usted razón. Usted es capaz de adivinarme y sabe usted tan bien como yo que no miento.

—Por lo mismo lo he creído á usted siempre.

—Menos ahora.

—Menos ahora, porque es usted otro.

—Sí, me ha vuelto usted otro.

—¿Tan pronto?

—Media hora basta para hacer día la noche.

—¡Pero usted, Salvador!

—Yo.

—¿Y París? ¿no me ha dicho usted que allí lo dejó todo? que París es una novia que está usted obligado á cargar asida de su cuello por todas partes y para siempre?

—¿Y si no fuera por eso, cree usted que yo podía haber hallado á usted en el mundo? ¿podría saber lo que usted vale, si antes no hubiera comprendido lo que valen

las demás mujeres? Para que usted quepa en mi corazón, es preciso que allí no exista nada. Supongamos que mi corazón es un campo talado, que es un desierto; solo así puede usted caber en él.

—Ha cumplido usted su palabra, llegó usted hasta el fin. Ahora reflexionemos.

—Ya sé lo que me va usted á decir.

—Entonces.....

—¡No sea usted cruel!

Salvador dijo esto de un modo que reveló la más profunda emoción, y reinó en seguida un largo silencio.

